

EN LOS LIBROS DE LOS REYES, TREINTA CUESTIONES, LIBRO UNO. (C)

CARTA A NOTHELMO PRESBITERO SOBRE TREINTA CUESTIONES

A mi queridísimo hermano Nothelmo, Beda, saludos.

Las cuestiones del libro de los Reyes que enviaste para aclarar, queridísimo hermano, me he esforzado en explicar de inmediato, con la ayuda del Señor, con la única distinción de que he incluido en este volumen treinta de estas proposiciones, que quizás parecían más graves, divididas en breves capítulos para que puedan encontrarse más fácilmente. Las otras, que anotaste mezcladas, nombres o palabras que podían resolverse más fácil y brevemente, las he recopilado por separado en otros documentos y las he enviado a tu fraternidad. Aunque sabía que en el mismo libro hay muchas cosas mucho más oscuras que aquellas que juzgaste que debía preguntar. Pero también sabía que a menudo sucede que quien ya ha entendido bien algunas cosas más oscuras, porque las ha encontrado suficientemente explicadas en los tratados de grandes autores, aún permanece incierto y dudoso en algunas más fáciles; cosas que quizás aquellos que trataban temas más profundos no consideraban dignas de ser preguntadas. También sucede que no todos los escritos de los padres pueden ser poseídos por todos, y las cuestiones de las Escrituras son desconocidas para los lectores; no porque no hayan sido expuestas por los doctores, sino porque las mismas cuestiones o no se tienen, o teniéndolas, no son entendidas por los que preguntan; como se ha constatado en muchos de aquellos cuyas respuestas me pediste y recibiste. En estas respuestas, porque siguiendo tus peticiones he tratado de satisfacerlas siguiendo las huellas de los padres, te ruego que, devolviendo el favor debido a nuestra devoción, recuerdes interceder por la salud de nuestro corazón y cuerpo, junto con los hermanos que sirven al Señor contigo en esos lugares. Y si encuentras algo de lo que escribí expuesto de manera más adecuada en algún lugar, lo cual puede suceder fácilmente, no dudes en enviármolo rápidamente. Que estés bien, siempre queridísimo hermano en Cristo.

COMIENZA EL LIBRO.

1. (I Sam. II, 35.) Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que actúe según mi corazón, etc. Lo que el profeta dice, hablando a Elí desde la persona de Dios: Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que actúe según mi corazón y mi alma: y le edificaré una casa fiel, y caminará delante de mi Cristo todos los días, debe entenderse bajo la figura de Samuel sobre el Señor Salvador, el sumo y verdadero pontífice, que así como Samuel sucedió a Elí en el sacerdocio, no de la estirpe de Aarón, sino elegido de otra familia de Leví: Pues era hijo de Elcana, hijo de Jeroham, hijo de Eliel, hijo de Thou, hijo de Suph, hijo de Elcana, hijo de Maath, hijo de Amasai, hijo de Elcana, hijo de Joel, hijo de Azarías, hijo de Sofonías, hijo de Thaath, hijo de Asir, hijo de Abiasaf, hijo de Coré, hijo de Isaar, hijo de Coat, hijo de Leví, hijo de Israel (I Crón. VI), como narran las palabras de los Días: así el Mediador entre Dios y los hombres, para ser nuestro pontífice, no tomó origen carnal de Leví, sino de otra tribu, es decir, de Judá; ofreció al Padre por nosotros otra víctima que la legal, es decir, su propia carne; dejó como herederos de su pontificado a otros que no eran del linaje de Aarón, a saber, los hijos de la gracia del nuevo testamento, recogidos de todas las naciones gentiles. Lo que Dios dice como hablando de manera humana: Que actúe según mi corazón y mi alma; de Samuel puede entenderse correctamente que en todo obedeció a su voluntad como un hombre a Dios; del Señor Salvador, que como Hijo unigénito es consciente de todos los secretos paternos, según lo que él mismo testimonia claramente de sí mismo, diciendo: Y de mí mismo no hago nada, sino que hablo lo que el Padre me enseñó. Y el que me envió, está conmigo; y no me deja solo, porque yo hago siempre lo que le agrada (Juan VIII). Al que el Padre edifica una casa

fiel, que somos nosotros, si mantenemos firme hasta el fin la confianza y la gloria de la esperanza. Y esta casa caminará delante de su Cristo, es decir, el sumo pontífice, todos los días; porque hasta el fin del mundo la santa Iglesia nunca cesará de crecer con el aumento de sus miembros. De lo contrario, ¿cómo puede entenderse de Samuel que se le edificó una casa fiel que caminaría delante de Cristo del Señor, es decir, del mismo Samuel, todos los días; cuando leemos más adelante que sus hijos se apartaron de sus caminos tras la avaricia y pervirtieron el juicio? A menos que en este lugar entendamos por su casa al pueblo israelita, que sirvió al Señor todos los días de su sacerdocio. De la cual está escrito: Y descansó toda la casa de Israel tras el Señor. Y poco después: Entonces los hijos de Israel quitaron a Baalim y Astarot, y sirvieron solo al Señor (I Sam. VII). Lo que se añade: Será, pues, que cualquiera que quede en tu casa, vendrá para rogar por él, y ofrecerá una moneda de plata y una torta de pan (I Sam. II); y en el tiempo presente se suele cumplir en parte, y al final del mundo se cumplirá perfectamente. Pues aunque pocos, sin embargo, algunos diariamente de la estirpe judía, no solo plebeya, sino también sacerdotal, se refugian en la Iglesia; y cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo (Rom. II). Pero cualquiera de estos que ha de ser salvado, es el que se dice que quedará en la casa. Pereciendo el sacerdocio de Elí, es necesario que ofrezca a la iglesia al sacerdote cristiano la moneda de la confesión devota a Dios, que se contiene en el símbolo; breve en palabra, pero de virtud principal. Es claro que la plata designa la claridad de la palabra celestial, así como el oro a menudo designa el resplandor de la sabiduría espiritual. Ofrezca también el pan del sacrificio de salvación, desechando las carnes de las víctimas legales, y diga: Déjame, te ruego, a una parte sacerdotal (I Sam. II), es decir, al mismo pueblo ilustre con el sacerdote Cristo, al que Pedro dice: Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real (I Pedro II). Lo que añade: Para que coma un bocado de pan (I Sam. II), también expresó elegantemente el tipo de sacrificio, del cual el mismo sacerdote dijo: El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo (Juan VI). Pues lo que había dicho antes, que había dado alimentos a la casa de Aarón, de las víctimas del Antiguo Testamento, que eran sacrificios de los judíos; por eso aquí dijo, que se debe pedir para comer un bocado de pan, que es en el Nuevo Testamento el sacrificio de los cristianos.

2. (I Sam. III, 19.) Y no cayó ninguna de sus palabras en tierra. Lo que se dijo de Samuel, después de que relató a Elí las palabras del oráculo divino que había recibido de noche: Y no cayó ninguna de sus palabras en tierra, significa que nada de lo que habló fue en vano, sino que todo lo que dijo se cumplió en los hechos. Caen en tierra las palabras superfluas, que deben ser tenidas por nada y pisoteadas por el desprecio de todos, como también dijo el bienaventurado Job: Y la luz de mi rostro no caía en tierra (Job XXIX), porque acostumbraba a mantener su rostro con tanta gravedad, que nunca se relajaba con una alegría despreciable; sino que siempre que se mostraba más alegre a los presentes, lo hacía siempre por una causa cierta de utilidad para ellos.

3. (I Sam. VI, 19.) Y golpeó del pueblo setenta hombres, y cincuenta mil de la plebe. Lo que se dijo de aquellos que se atrevieron a ver el arca del Señor regresada de la tierra de los filisteos, cuando no eran de la estirpe levítica: Y golpeó del pueblo setenta hombres, y cincuenta mil de la plebe. Pueblo y plebe se toman indistintamente por una misma cosa. Pues de un mismo griego, que es laos, se suele traducir ambos. Pero en esto parece haber una diferencia, que en la primera cláusula del versículo se añadió hombres. Pues lo que tu códice tiene, setenta y dos, es completamente erróneo; hombres significa mayores de edad, para que el sentido sea que de los principales del pueblo setenta fueron golpeados, y de la misma turba vulgar de hombres cincuenta mil; lo cual para no sufrirlo en Éxodo, el pueblo estaba de lejos, y oraba, solo Moisés subió al Señor (Éxodo XX).

4. (I Sam. VII, 2.) Desde el día en que el arca del Señor permaneció en Cariatiarim, se multiplicaron los días, etc. Lo que se dijo, que desde el día en que el arca permaneció en Cariatiarim, se multiplicaron los días, pues ya era el año vigésimo, y toda la casa de Israel descansó tras el Señor, no debe entenderse como si los veinte años, durante los cuales el arca permaneció en Cariatiarim, hasta el octavo año del reinado de David, cuando la llevó a Jerusalén con la multitud del pueblo reunida, deban contarse. Pues se encuentra más adelante que en los tiempos de Saúl fue llevada de esta ciudad y llevada al campamento, luchando él contra los filisteos. Así está escrito: Y Saúl dijo a Ahías: Acerca el arca del Señor, pues el arca de Dios estaba allí en aquel día con los hijos de Israel. Y como es evidente que David la llevó a Jerusalén, y la tomó de la casa de Abinadab, a la que se dice que fue llevada, queda entender que en los días de Saúl fue llevada de nuevo de los campamentos y llevada a la mencionada ciudad, de donde nuevamente, reinando David, se lleva a Jerusalén. El sentido de la mencionada sentencia es que desde que el arca permaneció en Cariatiarim, era el año vigésimo (Libro de Antigüedades VI, cap. 13), cuando fue trasladada de allí en tiempos de Saúl por causa de la guerra. O ciertamente era el año vigésimo, cuando aún toda la casa de Israel descansó tras el Señor, habiendo desechado los ídolos y sirviendo solo a él. Lo que hizo durante todo el tiempo del pontificado de Samuel, que según el testimonio de Josefo, se completó en doce años; y en el primer tiempo del reinado de Saúl, que, según afirma el mismo historiador, duró veinte años, ningún curioso de la historia sagrada ignora. Pues después, cuando el espíritu del Señor se apartó de Saúl, y lo agitaba un espíritu maligno, especialmente para perseguir a David inocente y justo, era necesario que parte de su ejército o plebe se hubiera convertido en cómplice de su malicia.

5. (I Sam. XX, 14.) Si vivo, harás conmigo misericordia del Señor, etc. Lo que, diciendo Jonatán a David, a quien lamentaba que las injustas persecuciones de su padre fatigaran: Si vivo, harás conmigo misericordia del Señor; pero si muero, no apartarás tu misericordia de mi casa para siempre, cuando el Señor haya erradicado a los enemigos de David, a cada uno de la tierra; cuando la Escritura añade: Pero Jonatán hizo un pacto con la casa de David, inmediatamente añadió, diciendo: Y el Señor requirió de la mano de los enemigos de David; lo hizo por anticipación, insertando en la historia lo que mucho después se hizo, cuando, muerto Saúl, el reino fue trasladado a la casa de David; y quienes lo perseguían injustamente, fueron castigados con justa venganza divina. Entonces el Señor requirió de la mano de los enemigos por qué afligieron al hombre santo. Entonces se veían obligados a dar cuenta del odio con el que tanto tiempo habían actuado contra él. Lo cual también puede entenderse de Absalón, y de Seba hijo de Bocri, y de los demás enemigos de David. De otro modo, si quieres saber qué requirió el Señor de la mano de los enemigos de David, puede, si no me equivoco, entenderse claramente de la sentencia anterior, donde se dijo que Jonatán hizo un pacto con la casa de David, que esto requirió de la mano de los enemigos de David, es decir, por qué no quisieron también ellos hacer un pacto de paz con él, con quien veían que estaba el Señor. Por eso la Escritura parece interponer esta sentencia anticipadamente, para demostrar que el testimonio de Jonatán, que dijo: Cuando erradique a los enemigos de David, a cada uno de la tierra, era verdadero, porque efectivamente fueron erradicados los enemigos de David de la tierra, no siendo David quien se vengara de sus adversarios, sino el Señor juzgando por él. Bien se añade: Y Jonatán añadió jurar a David, porque lo amaba; pues como a su propia alma, así lo amaba; para que él, que con tan perfecto amor según la ley de Dios abrazaba a David, se mostrara inmune de la perdición de sus enemigos. Quien, aunque así arrebatado por la muerte no pudo tener con él, como esperaba, el reino terrenal en común, sin ninguna contradicción recibió con él, a quien tanto tiempo amó por la gloria de sus virtudes, siendo él mismo lleno de virtudes, la comunión del reino celestial.

6. (I Sam. XXV, 29.) Si se levanta algún hombre persiguiéndote, etc. Lo que Abigail, intercediendo por ella y por su casa, dijo a David, a quien su marido, por su necedad y embriaguez, había ofendido: Si se levanta algún hombre persiguiéndote, y buscando tu alma, el alma de mi señor será guardada, como en el haz de los vivientes con el Señor tu Dios. Pero el alma de tus enemigos será lanzada, como en el ímpetu y círculo de la honda; con una comparación bellísima distingue el estado de los justos de la suerte de los réprobos. A las almas de estos las llama vivientes, para insinuar que las de aquellos, por el contrario, están pre-ocupadas por la muerte espiritual, según aquello del profeta: El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII). A estos los compara con un haz, a aquellos con una piedra de honda; pues el haz se ata para que permanezca entero y se conserve; la piedra se coloca en la honda para ser lanzada. Así en este mundo los elegidos son constreñidos por las presiones de las tribulaciones, para que, advertidos por ellas, se unan más estrechamente entre sí con mutua caridad y, unidos entre sí, sean conservados para siempre por la mano de su Redentor. Pero los réprobos, cuanto más libremente en esta vida se entregan a sus propias voluptuosidades, tanto más lejos en el futuro son arrojados de la gloria de la visión divina, para que de ellos se diga con razón: Y ciertamente ellos fueron expulsados de tu mano. Maravillosamente describe la providencia omnipotente del protector supremo, cuando dice que el alma del hombre santo es necesario que sea guardada como en el haz de los vivientes con él. Pues así como es facilísimo para cualquiera conservar un haz de hierba o heno retenido por su mano, así la virtud del Señor y Salvador nuestro guarda sin esfuerzo a todos los elegidos por el mundo desde el principio hasta el fin del siglo, para que ninguno de ellos perezca de ninguna manera, según lo que él mismo dice en el Evangelio bajo la figura de las ovejas: Y me siguen, dice, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano (Juan X). Así como un haz se ata con cualquier tipo de ligaduras, así toda la comunidad de los santos se une entre sí con una misma fe, esperanza y caridad, rodeada por una sola protección divina. Es claro el sentido literal, porque el alma de David, aunque perseguida por enemigos, siempre fue guardada en la suerte de los vivientes. Pero sus enemigos, acosados por adversidades, como la piedra girada en la honda, así con inestable movimiento serían perturbados y expulsados de sus confines, o incluso arrebatados de las cosas humanas.

7. (II Sam. I, 18.) Y mandó que enseñaran a los hijos de Judá el arco, etc. Lo que se escribió de David, cuando lloraba por la muerte de Saúl y Jonatán: Y mandó que enseñaran a los hijos de Judá el arco, lo hizo para que, sabiendo ya que los filisteos abundaban en arqueros, por lo cual Saúl principalmente había perecido por sus flechas, sus soldados aprendieran también esa misma arte de guerra para vencerlos. Lo que sigue: Como está escrito en el libro de los justos, se asegura que hoy en día no se puede encontrar en ningún lugar, ni siquiera entre los mismos hebreos, al igual que el libro de las guerras del Señor, del cual se hace mención en el libro de los Números; ni los cánticos de Salomón, ni sus disputas sapientísimas sobre la naturaleza de los árboles, y de todas las hierbas, así como de los animales, aves, reptiles y peces; o lo que se dice en el libro de las Crónicas: Las demás obras de Salomón, las primeras y las últimas, están escritas en las palabras del profeta Natán, y en los libros de Ahías de Silo. En la visión también de Addo el vidente contra Jeroboam hijo de Nabat (II Crón. IX), y muchos volúmenes de este tipo, que la Escritura prueba que existieron, pero hoy se sabe que no existen. Pues cuando Judea fue devastada por los caldeos, también la biblioteca antiguamente reunida, entre otras riquezas de las provincias, fue consumida por el fuego enemigo. De la cual pocos libros que ahora se contienen en la sagrada Escritura fueron restaurados posteriormente por la industria de Esdras, pontífice y profeta. De donde está escrito de él: Esdras subió de Babilonia, y era escriba diligente en la ley de Moisés (I Esdras VII). Diligente, es decir, que descubrió figuras de letras más rápidas que las que los hebreos

tenían hasta entonces. Y en la carta del rey de Persia: Artajerjes, rey de reyes, a Esdras, sacerdote, escriba de la ley del Dios del cielo, el más docto, saludos (Ibid.).

8. (II Sam. VIII, 2.) Y golpeó a Moab, y los midió con una cuerda igualando a la tierra, etc. Lo que está escrito sobre David: Y golpeó a Moab, y los midió con una cuerda igualando a la tierra, debe entenderse hiperbólicamente. No podía ser que los hombres viviendo en la tierra fueran humillados hasta tal punto que aparecieran iguales al nivel del suelo con una cuerda extendida sobre ellos; pero la Escritura quiso acumular con esta expresión la inmensa humillación de la nación capturada y oprimida, diciendo que fueron igualados a la tierra, como si hubieran sido emasculados y despreciados por Dios, de modo que los hombres viviendo en la tierra no valieran más que la tierra que no tiene hombres. Tienes muchos ejemplos de este tipo de locución en las Escrituras, como aquel del Evangelio: Hay también muchas otras cosas que hizo Jesús, que si se escribieran una por una, creo que ni el mundo mismo podría contener los libros que se escribirían (Juan XXI). ¿Cómo no podría el mundo contener los libros que podrían escribirse en él? Pero para insinuar la magnitud y multitud de las obras del Señor, la Escritura quiso usar tal expresión. Y en el lamento de David, más veloces que las águilas, más fuertes que los leones (II Reg. I). Algo muy similar a lo que también se encuentra en las letras seculares: Que en blancura superan a las nieves, en carreras a los vientos. Pero cuando dijo que los midió con una cuerda, puso la cuerda alegóricamente por la suerte, ya que con una cuerda suelen medirse las extensiones de los campos. De ahí que esté escrito: Y les dividió la tierra por suerte con la cuerda de distribución. Significa que David dividió las regiones de los moabitas a los herederos que quiso con tanta libertad de disposición como si cualquier poseedor dividiera sus propios campos a su antojo con una cuerda llevada de aquí para allá. Midió dos cuerdas, una para matar y otra para vivificar. Y esto dicho alegóricamente significa que David tuvo en su poder, sin que nadie se lo contradijera, a quienes de ellos daría a la muerte por contumaces, y a quienes perdonaría por sometidos.

9. (II Sam. XXIII, 8.) Él es como un gusano muy tierno de la madera. Lo que se dice del príncipe más sabio de los fuertes, David, cuyo nombre se omite en el libro de los Reyes, pero en el libro de las Crónicas se le llama Jesbaam, y se menciona que fue hijo de Hachamoni (I Paral. XI). Él es como un gusano muy tierno de la madera (II Reg. XXIII, 8). Se designa la virtud bélica y la civilidad modesta del hombre, que, como un gusano de la madera, aunque tierno y frágil en todo su cuerpo, y también muy pequeño, sin embargo, consume y carcome la fortísima madera. De ahí que tenga el nombre de teredinis por roer la madera. Así, él parecía afable con todos en casa, y tranquilo y humilde; pero en la lucha pública se mostraba un león robusto e intolerable para los enemigos.

10. (II Sam. XXIII, 20.) Él descendió y golpeó al león en medio de la cisterna. Lo que se dice de Banaia: Y él descendió y golpeó al león en medio de la cisterna en días de nieve (Lib. VII, Antiq. c. 12), cómo sucedió, lo narra más claramente Josefo, ya que la cisterna era muy profunda, que en tiempo de invierno, cuando todo estaba lleno de nieve, también ella se igualó con el excesivo cúmulo de nieve. Cuando el león, al llegar, ignorante del peligro, cayó en ella, y allí encerrado rugía fuertemente, los hombres acudían a ver qué era. Y cuando Banaia llegó con otros a tal espectáculo, saltó inmediatamente a la cisterna, y atacando en medio de la nieve, golpeó y mató al león.

11. Por qué en el libro de los Reyes (II Sam. VI) se dice que el templo tenía 30 codos de altura, cuando en el libro (II) de las Crónicas se dice que tenía 120. Lo que se dice en la construcción del templo en el libro de los Reyes, que tenía treinta codos de altura, cuando en

los libros de las Crónicas está escrito: La altura era de ciento veinte codos (II Paral. III), no discrepa en absoluto, sino que se debe saber que ambas son verdaderas. Pues, como narra la Historia de Josefo: Treinta codos eran desde el pavimento hasta el medio del piso superior, otros treinta desde el medio hasta el tercero, hasta donde llegaba la altura de los pórticos que se adherían al templo por el lado sur, oeste y norte, es decir, en total sesenta; luego otros sesenta hasta el techo superior de la casa: así que toda su altura se completaba en ciento veinte codos (Lib. Antiq. VIII, c. 3).

12. (III Reg. VI, 8.) La puerta del lado medio estaba en la parte derecha de la casa. Lo que se dice: La puerta del lado medio estaba en la parte derecha de la casa, no indica, como algunos piensan, que la puerta por la que se entraba al templo desde el lado sur, es decir, en el medio del muro meridional, fue hecha. De lo contrario, la Escritura diría simplemente: La puerta de la casa estaba puesta hacia el sur. Ahora bien, la puerta por la que se ingresaba a los servicios diarios del templo estaba al este, como refiere Josefo; y el pórtico ante su fachada, también abierto al este, de modo que el sol naciente en el equinoccio enviaba sus rayos sin obstáculo a través de las puertas del templo y del oráculo hasta el arca misma, que estaba en el santo de los santos. Pero el ascenso que conducía a la casa superior, y de la superior a la tercera, estaba en el lado sur del templo (esto es, la parte derecha de la casa) hecho de manera oculta, teniendo una puerta muy pequeña abajo al este en la misma esquina del muro derecho. De donde se añade consecuentemente: Y subían por una escalera de caracol al piso medio, y del medio al tercero. Cuya disposición del ascenso nos encomienda un misterio muy memorable; pues está claro que este templo que Salomón hizo, figurativamente insinúa el cuerpo del pacífico rey Cristo, no solo el que es toda su Iglesia, sino también el que tomó sacrosanto de la Virgen, para que fuera la cabeza de la Iglesia. Y la puerta del lado medio estaba en la parte derecha de la casa, de la cual se subía ocultamente desde los inferiores al piso medio, y del medio se ascendía al tercero. Lo cual, cuando el Señor sufrió en la cruz, uno de los soldados abrió su costado derecho con una lanza, y al instante salió sangre y agua, que es la sangre de nuestra redención, y el agua de nuestra ablución, con los cuales, purificados y consagrados por los misterios, de esta vida que llevamos en la tierra hacia el descanso del espíritu en el futuro, como a la casa superior, nos dirigimos. Y cuando, liberados de la carne, hayamos ascendido al descanso del espíritu, también con la recepción de nuestra carne en el día de la resurrección esperamos el ascenso del piso superior.

13. (III Reg. VI, 9.) También cubrió la casa con techos de cedro. Lo que se dice: También cubrió la casa con techos de cedro; los techos son tablones que, colocados bajo las vigas, se fijan con clavos, y suelen mostrar a los que esperan la maravilla de su decoración pictórica. Había tres techos en el templo. Los primeros tenían treinta codos desde el pavimento; los segundos tenían sesenta codos, contra la cima de los pórticos; los terceros tenían ciento veinte codos, en la cima de toda la casa. Pues en Palestina, como tampoco en Egipto, no se tienen cumbres en los techos, sino que se construyen techos planos de las casas, aptos para sentarse o caminar. De donde el Señor dice en el Evangelio: Y lo que oísteis al oído, se proclamará en los techos. Tal lugar es el más apto para que se predique la palabra, ya sea a los que se sientan, o a los oyentes situados abajo. De lo cual también en los Proverbios de Salomón: Mejor es, dice, habitar en un rincón del techo, que con una mujer rencillosa en una casa común (Prov. XXI); lo que en latín es techo, en griego se dice doma. Pero también los mismos pórticos alrededor del templo tenían tres techos. Los primeros tenían veinte codos desde el suelo, los segundos tenían cuarenta, los terceros tenían sesenta. También sus techos eran planos. Había pórticos treinta abajo, treinta en el medio, treinta arriba, no separados por muros, sino por tablones, de modo que cada uno de ellos, que eran noventa en número, tenía cinco codos de ancho y largo, y veinte de alto. De los cuales, en el libro de las Crónicas, se

hace frecuente mención. Pero en qué orden están dispuestos, lo explica más plenamente Josefo. Lo que sigue: Y construyó un tablado sobre toda la casa de cinco codos de altura; esto es, lo que en el Deuteronomio Moisés ordenó: Cuando construyas una casa nueva, harás un muro alrededor del techo, para que no se derrame sangre en tu casa y seas culpable si alguien cae y se precipita (Deut. XXII). Este tablado en la cima de los muros del templo era erigido a modo de barandilla, para que nadie subiendo a las alturas, al llegar al borde del techo, no cayera imprudentemente a lo bajo. Lo cual se encuentra que le sucedió al rey Ocozías, quien al caer por las barandillas del piso superior, cayó en una enfermedad mortal. A estos tablones, o muros, o barandillas, cuando se ponen para la protección del camino, el vulgo les ha dado el nombre de luricularum. Y lo que se añade: Y cubrió la casa con maderas de cedro; designa la cubierta superior de toda la estructura, es decir, el tablado que estaba encima de aquellas vigas a las que los techos superiores que mencionamos estaban fijados por debajo.

14. (III Reg. VIII, 8.) Y cuando los varales sobresalían, y se veían sus extremos, etc. Lo que se dice de que el arca fue llevada al santo de los santos: Y cuando sobresalían los varales, y se veían sus extremos fuera del santuario ante el oráculo, no se veían más afuera; esto se escribe más claramente en el volumen de las Crónicas. Los varales, dice, con los que llevaban el arca, que eran un poco más largos, sus extremos se veían ante el oráculo. Si alguien estuviera un poco afuera, no podría verlos (II Paral. V). Donde se debe notar que, aunque los extremos de los varales se veían para los que se acercaban más y miraban con más atención, no podía ser que los mismos extremos sobresalieran ante el oráculo, porque era necesario que, cerrado el oráculo y colgado el velo ante las puertas, también los varales con el arca y los querubines se ocultaran en el interior. Lo cual no podría suceder si los varales sobresalientes no dejaran lugar para cerrar las puertas. La posición de estos varales, la Escritura no la expone sin razón, sino con la mirada de un gran sacramento. Es evidente que la casa del templo exterior designa a la Iglesia peregrinante en la tierra, y el santo de los santos la felicidad interna de la patria celestial. Asimismo, el arca llevada al santo de los santos, la humanidad asumida de Cristo, e introducida dentro del velo del reino celestial; los varales con los que se llevaba el arca, los predicadores de la palabra, por los cuales él mismo se dio a conocer al mundo, lo anuncian típicamente. En el arca había una urna de oro que contenía el maná, porque en el hombre Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente. Estaba la vara de Aarón, que cortada volvió a florecer, porque todo el poder de juzgar está en él, cuyo juicio en la humildad de la pasión parecía haber sido quitado. Estaban también las tablas del testamento, porque en él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Los varales se adherían a él, porque los doctores que una vez trabajaron en la palabra de Cristo, ahora gozan de la visión presente de la gloria de Cristo. Lo que uno de ellos dijo de sí mismo: Deseo partir y estar con Cristo (Filip. II); dejó para que se entendiera de todos los compañeros de su obra. Los extremos de los varales se veían fuera ante el oráculo no siempre, sino cuando las puertas de dicho oráculo se abrían; y no a todos, sino solo a aquellos que, acercándose más, se esforzaban por mirar con más atención lo que había dentro. Pero el arca misma, cómo y de qué manera estaba colocada, solo a aquellos que habían entrado en el oráculo se les permitía ver, lo que ningún santo en esta vida todavía puesto, aunque se eleve mucho en la altura de su mente, pero solo los ciudadanos de esa patria contemplan plenamente la gloria de su Redentor. También los varales están con el arca en el oráculo, porque también ahora están ocultos todos los perfectos elegidos que nos han precedido del mundo en el escondite del rostro de Dios, de la perturbación de los hombres. Sin embargo, los extremos de los varales a veces se ven con el oráculo abierto, por aquellos que se acercan, cuando a los más perfectos, y a los que purifican el ojo de su corazón con toda intención, la gracia divina les concede contemplar algo extremo del gozo de los ciudadanos celestiales; contemplación que no se concede a aquellos que se han alejado un poco más, porque cuanto

más permanecen vacíos de mente exteriormente, tanto menos ven cuáles son los gozos internos.

15. (III Reg. VIII, 65.) Salomón hizo una festividad célebre, etc. Lo que se dice que Salomón hizo una festividad célebre, y todo Israel con él; una gran multitud desde la entrada de Hamat hasta el arroyo de Egipto delante del Señor; por la entrada de Hamat, designa la región septentrional de la tierra prometida; por el arroyo o torrente de Egipto, como lo llaman las Crónicas, designa la región austral. De los cuales, poner algo más extensamente de las palabras de San Jerónimo, creo que será grato al lector. Está escrito en el libro de los Números, en el que toda la tierra prometida se divide brevemente por las cuatro regiones: La parte meridional comenzará desde el desierto de Sin, que está junto a Edom, y tendrá límites hacia el este el mar Salado, que rodearán la región austral por el ascenso del escorpión, de modo que pasen por Senna, y lleguen al sur hasta Cades-Barnea, de donde saldrán los confines a una villa llamada Adar, y se extenderán hasta Asemona, y el límite girará desde Asemona hasta el torrente de Egipto, y se terminará en la costa del mar Grande. Por lo cual en la última visión del profeta Ezequiel se dice: La región austral meridional desde Tamar hasta las aguas de Meribot (Ezequiel XLVII), es decir, de la contradicción. También Cades y el torrente hasta el mar Grande, que significa el vastísimo desierto de Sin, que está junto a Edom, y en el mar Rojo termina el límite rodeando, y por el ascenso del escorpión, y por Senna, y Cades-Barnea, y el atrio o villa de Adar, y desde Asemona llegar hasta el torrente de Egipto, que junto a la ciudad de Rinocorura desemboca en el mar. Este límite de la región austral comienza en Tamar, que es una ciudad en el desierto, que también Salomón construyó con obras admirables, y hoy se llama Palmira, y en lengua hebrea se dice Tamar, que en nuestra lengua significa palma; hasta las aguas de la contradicción de Cades, que no hay duda de que está en el desierto. Y el torrente que entra en el mar Grande, este que se extiende por las costas de Egipto y Palestina. Sigue en el libro de los Números: La región occidental comenzará en el mar Grande, y se cerrará en ese mismo fin (Num. XXXIV): esto es, de mar a mar, desde el torrente de Rinocorura, que desemboca en el mar, hasta el lugar donde está Hamat, ciudad de Siria. Cuyo nombre en esta región también menciona Ezequiel: Y la región, dice, del mar Grande desde el confín en línea recta, hasta que llegues a Hamat (Ezequiel XLVII), que ahora se llama Epifanía, por el nombre cambiado del tirano más cruel Antíoco; pues tuvo el sobrenombre de Epífanos. Por lo demás, hacia la parte septentrional, dice, los límites comenzarán desde el mar Grande, llegando hasta la montaña más alta, desde la cual llegarán a Hamat hasta los límites de Sedada, y los confines irán hasta Zephron y la villa de Enan. Estos serán los límites en la parte del norte (Num. XXXIV). Los hebreos dicen que la región septentrional comienza en el mar Grande, que se extiende por las costas de Palestina, Fenicia, y Siria, que se llama Coele, y Cilicia, y se extiende por Egipto hasta Libia. Lo que dice, llegando los límites hasta la montaña más alta, los mismos hebreos piensan que significa o el monte Amano, o el Tauro, lo que nos parece más verdadero. Y los confines, dice, irán hasta Zephron, que hoy llaman la ciudad de Zephyrium en Cilicia. Lo que sigue, y la villa de Enan, por lo cual en hebreo está escrito Haser Enan, que se interpreta atrio de la fuente, es el límite de Damasco. De donde dice Ezequiel: Y será el límite desde el mar hasta el atrio de Enan, o Haser Enan, el límite de Damasco, y desde el norte al norte la región septentrional (Ezequiel XLVII). Desde allí medirán, dice, los límites hacia la región oriental desde la villa de Enan hasta Sephama, y desde Sephama descenderán los límites en Rebla contra la fuente. Desde allí llegarán hacia el este al mar de Chenereth, y se extenderán hasta el Jordán, y finalmente se cerrarán en el mar Salado (Num. XXXIV). Desde el fin de la región septentrional, esto es, el atrio de Enan, los límites se extienden hasta Sephama, que los hebreos llaman Apamea. Y desde Apamea descenden los límites en Rebla, que ahora en sirio se llama Antioquía. Y para que sepas que esta Rebla significa la ciudad que ahora en Siria

Coele es la más noble, sigue, contra la fuente, que es evidente que significa Daphnim, de cuya fuente la ciudad mencionada disfruta de aguas muy abundantes. Desde allí, dice, llegarán los límites hacia el este al mar de Chenereth, es decir, al lago de Tiberíades. Se llama mar, aunque tiene aguas dulces, según el idioma de las Escrituras, donde las congregaciones de aguas se llaman mares. Y los límites, dice, se extenderán hasta el Jordán, y finalmente se cerrarán en el mar, ya sea el Muerto, o (como algunos piensan) la lengua del mar Rojo, en cuya costa está situada Ahila.

16. (III Reg. XVI, 34.) En sus días, Ahiel de Betel edificó Jericó. Esto está escrito sobre los tiempos del reino de Acab: En sus días, Ahiel de Betel edificó Jericó; en Abiram, su primogénito, la fundó, y en Segub, su último hijo, puso sus puertas. El sentido es claro: cuando el mencionado fundador de la ciudad comenzó a poner sus cimientos, su primogénito, llamado Abiram, murió; y cuando, habiendo edificado la ciudad, intentó fortificar sus puertas, perdió a su último hijo, llamado Segub. Esto fue predicho por Josué cuando, al entregarla a la destrucción, maldijo: "Maldito sea ante el Señor el hombre que se levante y edifique esta ciudad de Jericó. En su primogénito eche los cimientos y en su último hijo ponga sus puertas" (Josué VI). Lo que Ahiel, viviendo para Dios, Betel, que se interpreta como casa de Dios, reconstruye los muros de Jericó, destruidos y maldecidos por Josué, es como cuando alguien que ha asumido el hábito religioso en la Iglesia regresa a cometer los crímenes de los que el Señor Jesús lo había liberado en el día de su bautismo, y repite las pompas del diablo que él mismo había maldecido viviendo lujuriosamente, cuando prefiere las doctrinas de los herejes o las fábulas de los gentiles a la verdad eclesiástica con la que fue instruido, como si saliendo de Betel resucitara las ruinas de Jericó. Y con razón tal persona es maldita ante el Señor, y pierde tanto al primero de sus hijos en la fundación de la ciudad nefaria como al último en la colocación de las puertas. Porque también pierde los fundamentos de la fe, con los que debía comenzar buenas edificaciones, y la casa de buenas acciones, con la que debía perfeccionarse. He expuesto esto también en sentido alegórico, para que recuerdes cuán verdadero es el discurso del apóstol, que dice que "todo esto les sucedía en figura, y está escrito para nosotros" (I Cor. X).

17. (I Reg. XX, 10.) "Que me hagan los dioses esto y más aún", etc. Lo que Benadab, rey de Siria, al sitiar y comenzar a atacar Samaria, dijo: "Que me hagan los dioses esto y más aún, si el polvo de Samaria basta para los puños de todo mi pueblo que me sigue", tiene este sentido: Samaria, como es costumbre en las ciudades, tenía tierra interior cerca de los muros, casi igual a ellos, para que no fueran derribados por el constante ataque del ariete enemigo sin el apoyo de la tierra adyacente. Sin embargo, la altura de los muros desde el exterior superaba en mucho la superficie de la tierra, especialmente porque, como refiere la Escritura, la ciudad estaba situada en la cima de un monte. Así que el rey soberbio, aterrorizando a la ciudad sitiada, dijo que tenía consigo un ejército tan numeroso que, incluso si cada uno de sus soldados trajera solo una piedra, un terrón o un tronco para construir un terraplén contra la ciudad, podría levantarse un terraplén tan alto que pareciera igual a la superficie de la ciudad dentro de los muros, de modo que pudieran luchar en igualdad de condiciones contra la ciudad lanzando dardos o antorchas. La temeridad de su arrogancia fue reprimida con un discurso modesto por el rey de Israel, quien dijo: "Decidle: No se glorie el que se ceñe como el que se desceñe". Hay una diferencia entre estar ceñido, desceñido y no ceñido. Ceñido es quien camina rodeado por un cinturón; desceñido, quien acaba de quitarse el cinturón, por ejemplo, para entrar al baño, subir a la cama o ponerse otra túnica; no ceñido, quien, habiéndose puesto una túnica recientemente, aún no se ha asegurado con el cinturón. Así, en la expedición militar, quien está en su puesto se llama correctamente ceñido, es decir, armado. Quien, habiendo terminado la batalla, regresa victorioso a casa, se llama con razón

desceñido, porque, habiendo dejado las armas, disfruta del ocio de la paz deseada. Quien aún no ha comenzado a luchar ni a prepararse para el combate, con razón se dice no ceñido. Así que el rey de Israel dijo al rey de Siria, que se gloriaba de haber tomado ya Samaria, que había comenzado a sitiarse: "No se gloríe el que se ceñe como el que se desceñe". Como si dijera abiertamente: No te gloríes como si ya fueras vencedor de la batalla, cuando, aún en la línea de combate, ignoras a quién seguirá la victoria. Y ciertamente decía la verdad. Pues, al comenzar la batalla, Benadab no regresó triunfante con los enemigos vencidos, sino huyendo a casa con su ejército derrotado.

18. (IV Reg. XI, 6.) "Una tercera parte de vosotros entrará el sábado", etc. Lo que Joiada, el sumo sacerdote, dijo a los sacerdotes y levitas al presentar a Joás, hijo de Azarías, a quien había criado en secreto en el templo durante los seis años que reinó Atalía: "Una tercera parte de vosotros entrará el sábado y guardará la guardia de la casa del rey; otra tercera parte estará en la puerta de Seir, y otra tercera parte en la puerta que está detrás de la habitación de los escuderos; guardaréis la guardia de la casa de Messa; pero las dos partes de vosotros, todos los que salgan el sábado, guardarán la guardia de la casa del Señor alrededor del rey, y lo rodearéis, teniendo armas en vuestras manos", y lo demás que allí se dice o se hace, se entiende mejor si se repasan más ampliamente los lugares del templo donde se actuó. El templo mismo, excepto los pórticos que lo rodeaban por todas partes, tenía dentro de sus paredes (esta es la primera medida que los Libros de los Días mencionan) sesenta codos de longitud y veinte de anchura. Todo su perímetro del atrio estaba rodeado por una altura de tres codos, teniendo una entrada por el lado oriental, de la cual la Escritura en el libro de los Reyes menciona: "Y construyó el atrio interior con tres órdenes de piedras labradas y un orden de madera de cedro" (III Reg. VI). Llamándolo atrio interior, porque otros exteriores fueron hechos alrededor de este. Por otro lado, en los Libros de los Días dice: "Hizo también el atrio de los sacerdotes, y una gran basílica, y puertas en la basílica, que cubrió de bronce" (II Paral. IV). Llamando a este atrio de los sacerdotes, porque fue hecho para impedir la entrada al templo a los demás, y designar que solo los sacerdotes podían entrar. Este mismo atrio estaba más cerca del muro del templo por el lado sur, oeste y norte. Pero hacia el este, donde también tenía una entrada por escalones, se extendía en gran longitud desde el templo, ya que en esa parte tenía el altar de los holocaustos, en esa parte diez lavabos donde se lavaban las víctimas, en esa parte el mar de bronce donde se lavaban los sacerdotes que iban a ministrar, en esa parte los coros de los levitas que inmolaban y cantaban. Este atrio estaba rodeado por una gran edificación cuadrada a cierta distancia. Su pared interior, es decir, la que miraba al templo desde las cuatro partes del mundo, estaba construida en arcos en la parte inferior, y la parte superior estaba firmemente cimentada. Y tenía puertas de bronce, como se mencionó anteriormente. Y puertas en la basílica, que cubrió de bronce; también estaba equipada con grandes pórticos y oportunos cenáculos. Y nuevamente, fuera de este edificio, había otro hecho en el mismo esquema. Pero también un tercero, igualmente hecho alrededor de los interiores, rodeaba todo en gran extensión, diferenciándose de los edificios anteriores solo en que su pared oriental y septentrional no tenía puertas, ya que ambos se unían a los muros de la ciudad. Estos son los atrios de los que se canta en los Salmos: "Los que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios" (Sal. CXIII, CXXXIV). Y como la casa del Señor estaba construida en un lugar elevado, los atrios, cuanto más exteriores eran, más altos tenían sus paredes, ya que tenían cimientos más bajos; de modo que los últimos tenían cuatrocientos codos de altura, y sin embargo no se acercaban en absoluto a la altura del templo. De todo esto se hace mención general en el libro de las Crónicas: "David dio a Salomón su hijo la descripción del pórtico y del templo, y de los almacenes, y del cenáculo, y de las cámaras en los adytos, y de la casa de la propiciación, así como de todos los atrios y exedras alrededor en los tesoros de la casa del Señor y en los

tesoros de los santos" (Lib. Antiq. VIII, c. 3). Pero la escritura de Josefo o la pintura formada por los antiguos distingue más plenamente cómo se hicieron estas cosas en orden. Con estas cosas así dispuestas, solo el sumo sacerdote podía entrar una vez al año en el Santo de los Santos con la sangre de las víctimas, solo los sacerdotes purificados entraban en el santuario ante el oráculo, todos los sacerdotes y levitas en el atrio interior. Alrededor de este atrio al aire libre, o si el clima lo impedía, en los edificios circundantes, los hombres israelitas solían reunirse para orar o escuchar la palabra. En el tercer orden de atrios, las mujeres israelitas se paraban para orar al aire libre, o si el clima no lo permitía, se refugiaban bajo los techos de los edificios circundantes. Pero en el último orden de atrios, los gentiles que venían a orar entraban. Donde también, después de los tiempos de dispersión, aquellos que de las naciones recién llegaban a ser israelitas, purificados durante siete días, finalmente buscaban los interiores de los santos. Los pavimentos entre los atrios o en los atrios estaban todos pavimentados con piedra variada. Las puertas en los edificios estaban colocadas de tal manera que incluso aquellos que estaban en los últimos podían ver el templo. Había veinte y cuatro turnos de sacerdotes, levitas y porteros, que se sucedían en orden durante tantas semanas, entrando un nuevo grupo al servicio el sábado, y después del sábado, el que había ministrado la semana anterior regresaba a casa. Pero aquí el sumo sacerdote, debido a la necesidad de aumentar el ejército alrededor del nuevo rey, recibió a aquellos que tenían el turno de entrar en la semana, y retuvo a aquellos que ya habían cumplido su semana de servicio, para que no se fueran. También había reunido a otros levitas de todas las ciudades de Judá, así como a los príncipes de las familias de Israel, enviando centuriones para este propósito a Jerusalén, como narran los Libros de los Días (II Paral. XXIII). A quienes, al sacar al hijo del rey, distinguió de esta manera, para que todos los que habían cumplido el sábado y estaban por salir, divididos en dos partes, rodearan al rey en los lugares interiores del atrio armados. El resto de la multitud, es decir, aquellos que no eran de la tribu de Leví, custodiaban las puertas exteriores de los atrios contra la furia de la reina, si acaso intentaba algo adverso. Pero aquellos sacerdotes, levitas y porteros que habían llegado recientemente para el sábado, divididos en tres partes, vigilaban la casa del rey, es decir, el palacio, para que la reina no lo defendiera contra el rey reuniendo un ejército. También vigilaban la puerta de la habitación de los escuderos, por donde se descendía del templo al palacio, como se dice más adelante: "Y llevaron al rey de la casa del Señor, y vinieron por el camino de la puerta de los escuderos al palacio, y se sentó en el trono de los reyes". Donde también parece estar la puerta de Seir y la casa de Messa, que se nombra junto con la puerta de los escuderos. Los escuderos se llaman guardianes del rey, como testifica el libro de las Crónicas; que después de haber mencionado que Roboam hizo escudos de bronce en lugar de los de oro, añadió: "Y los entregó a los príncipes de los escuderos, que custodiaban el vestíbulo del palacio" (II Paral. XII). En el mismo libro se repiten más distintamente todas estas cosas: "Una tercera parte de vosotros, que venís al sábado, sacerdotes, levitas y porteros, estará en las puertas. Otra tercera parte en la casa del rey, y otra en la puerta que se llama del Fundamento. Todo el resto del pueblo estará en los atrios de la casa del Señor. Y nadie más entrará en la casa del Señor, excepto los sacerdotes y los levitas que ministran; solo ellos entrarán, que están santificados, y todo el resto del pueblo observará las guardias del Señor. Pero los levitas rodearán al rey, teniendo cada uno sus armas" (II Paral. XXIII), etc.

19. (IV Reg. XI, 12.) "Y sacó al hijo del rey, y le puso la diadema y el testimonio". Lo que sigue sobre el mismo: "Y sacó al hijo del rey, y le puso la diadema y el testimonio", en la diadema significa el distintivo real de la cabeza, en el testimonio designa los decretos de la ley de Dios, que indican lo que debe hacer el rey, cómo se le ordena vivir. Finalmente, en el libro de los Libros de los Días se dice más claramente: "Y le pusieron la diadema, y le dieron en su mano la ley para que la tuviera" (II Paral. XXIII); y ciertamente era de gran y saludable

prudencia que, después de la muerte de la reina tiránica e impía, al hijo del rey legítimo que sucedía en el reino, junto con el hábito del reino, se le confiara también la disciplina de la ley de Dios para ser observada, para que quien se viera a sí mismo como preeminente para gobernar al pueblo, recordara que él mismo debía ser gobernado por las leyes divinas.

20. (IV Reg. XII, 15.) "Y no se hacía cuenta a estos hombres que recibían el dinero", etc. Lo que se dice al restaurar el templo del Señor el mencionado rey Joás: "Y no se hacía cuenta a estos hombres que recibían el dinero para distribuirlo a los artesanos, sino que lo manejaban con fidelidad", muestra la devoción de aquellos de quienes se habla, porque tenían tanto celo en la religión que nadie dudaba de que manejaban el dinero del Señor sin sospecha de fraude, y que lo sacaban del tesoro y lo ofrecían fielmente a los artesanos para reparar la casa, según lo necesitara cada uno.

21. (IV Reg. XIV, 7.) "Él hirió a Edom en el valle de la Sal, diez mil", etc. Lo que se dice de Amasías, rey de Judá: "Él hirió a Edom en el valle de la Sal, diez mil, y tomó Petra en la batalla y la llamó Jecethel"; el valle de la Sal era donde hacían sal, ya sea por una fuente de salmuera, como en muchos lugares, cortando, secando e incinerando, o hirviendo aguas de pozos salados hasta llevarlas a la firmeza de la sal, o de cualquier otra manera en que se solía hacer sal. En el mismo lugar se lee que Joab hirió a doce mil idumeos. No debe pasarse por alto que en la antigua edición, en lugar de valle de la Sal, se puso Gemelach como nombre de la región. Petra es una ciudad noble de Arabia, en la misma tierra de Edom, que en el libro de los Números se llama Recem, y los sirios hasta hoy la llaman así (Num. XXXI). Jecethel, que Amasías, el vencedor, le dio como nombre, se interpreta como asamblea de Dios, o ayuda de Dios, actuando él fielmente, para que se perpetuara en la memoria que la tomó ya sea por la asamblea del pueblo de Dios o con la ayuda de Dios.

22. (IV Reg. XIV, 25.) "Él restauró los límites de Israel desde la entrada de Hamat", etc. Lo que se dice de Jeroboam, rey de Israel: "Él restauró los límites de Israel desde la entrada de Hamat hasta el mar de la Soledad". Hamat, que ahora se llama Epifanía, era el límite septentrional de Israel. El mar de la Soledad, que en hebreo se llama Araba, designa el mar Muerto, que en longitud se extiende por 580 estadios hasta Zoaras de Arabia, y en anchura 150 hasta los alrededores de Sodoma.

23. (IV Reg. XVII, 29.) "Y cada nación se hizo su dios". Lo que se dice de las naciones que fueron llevadas a Samaria por el rey de Asiria: "Y cada nación se hizo su dios, y los pusieron en los templos de los lugares altos que los samaritanos habían hecho, cada nación en sus ciudades donde habitaban; los hombres de Babilonia hicieron a Socot Benot, los hombres de Cuta hicieron a Nergel, y los hombres de Hamat hicieron a Asima; los heveos hicieron a Nebaaz y a Tarta"; en el libro de los Lugares se lee que Benot y Nergel fueron ciudades que los samaritanos que vinieron de Babilonia construyeron en la región de Judá. Asima también fue una aldea que construyeron los que vinieron de Hamat. Nebaaz y Tarta fueron ciudades que los heveos construyeron en la misma tierra de Judá. Sin embargo, parece que, según la secuencia del discurso, también se pueden entender aquí los nombres de los ídolos a los que estas naciones servían antes en su tierra. Cuando se dijo: "Y cada nación se hizo su dios", como para completar la sentencia se añadió: "Los hombres de Babilonia hicieron a Socot Benot", es decir, tabernáculos de Benot. Y mejor, si no me equivoco, haría el intérprete si tradujera Socot al latín como tabernáculos, y pusiera el nombre del ídolo Benot de manera absoluta; y como en lo siguiente se dice claramente: "Pero los que eran de Sepharvaim quemaban a sus hijos en el fuego a Adramelec y Anamelec, dioses de Sepharvaim"; donde se muestra que Adramelec y Anamelec eran ídolos de la ciudad de Sepharvaim. Así parece

consecuente que también Nergel de los cutheos, Asima de los hamateos, Nebaaz y Tarta, fueran ídolos de los heveos.

24. (IV Reg. XVIII, 34.) "¿Dónde está el dios de Hamat y Arfad? ¿Dónde está el dios de Sepharvaim?" Lo que dijo Rapsaces entre otras cosas con las que blasfemaba contra Dios, clamando contra Jerusalén: "¿Dónde está el dios de Hamat y Arfad? ¿Dónde está el dios de Sepharvaim, Ana y Ava? ¿Acaso libraron a Samaria de mi mano?" Muestra que los samaritanos servían a los dioses de todas estas ciudades o naciones, y que no eran dioses, sino ídolos, mercedamente subvertidos como correspondía a los adoradores de la vanidad. Hamat es una ciudad de Celesiria, que ahora se llama Epifanía, cerca de Emesa, como mencionamos antes; Arfad es una ciudad de Damasco, que también fue conquistada por el rey de Asiria, como escribe Jerónimo (Jer. XL). Sepharvaim, que en número plural significa libros o letras, es el nombre de los lugares de donde los asirios que emigraron habitaron en Samaria, como encontramos en los libros de los Lugares. Sin embargo, en Isaías también aparece que este vocablo es de una ciudad, donde se dice claramente: "¿Dónde está el dios de la ciudad de Sepharvaim?" (Isa. XXXVII), aunque se diga en plural, como Tebas, Atenas. Por Ana y Ava, la antigua edición puso Aneugava como nombre de una ciudad, y ciertamente en hebreo está escrito así; pero como la sílaba "u" que está en medio del nombre significa la conjunción "y" entre ellos; también puede distinguirse así, para que se diga Ane y Gava, como tradujo Aquila; o Ana y Ava, como tradujo nuestro intérprete.

25. (IV Reg. XX, 9.) ¿Quieres que la sombra avance diez líneas, o que retroceda otras tantas, etc.? Lo que el profeta Isaías dijo al rey Ezequías: ¿Quieres que la sombra avance diez líneas, o que retroceda otras tantas grados? usa el término "grados" de manera equivalente a "líneas", es decir, la distinción de las horas, que solemos marcar 12 veces al día en el reloj; o, como dice Jerónimo, los grados estaban contruidos con arte mecánica, de modo que la sombra descendente marcaba los espacios de las horas. Era la décima hora del día cuando el Profeta hablaba al rey: ¿Quieres, pues, que la sombra avance diez líneas, con el sol avanzando sobre la tierra por las regiones del norte hasta el oriente, lo que haría en su curso diario bajo la tierra: o que la sombra retroceda diez grados, con el sol volviendo hacia atrás por el sur hacia el oriente? Pero el rey dijo: Es fácil que la sombra crezca diez líneas; no quiero que eso suceda, sino que retroceda diez grados. Vio que sería un mayor milagro si el sol actuara en contra de su curso habitual, que si avanzara en su proceso acostumbrado; aunque mucho más alto, es decir, elevado sobre la tierra hacia el oriente, como si volara al amanecer de un segundo día sin que interviniera la noche. Pues esto mismo ven los que habitan en la isla de Thule, que está más allá de Britania, o en los confines más lejanos de los escitas, durante varios días en verano, porque el sol, que para el resto del mundo está en el ocaso y bajo la tierra, aparece para ellos toda la noche sobre la tierra; y se ve claramente cómo regresa bajo desde el occidente al oriente, hasta que en el momento oportuno vuelve a aparecer para todo el mundo con su salida común, como lo relatan abundantemente las historias antiguas y los hombres de nuestra época que vienen de esas partes. Sin embargo, nunca los que habitan en el interior del sur han visto al sol regresar del ocaso al oriente por las regiones meridionales.

26. (IV Reg. XXII, 14.) Que habita en Jerusalén en la segunda. Lo que se dice de la profetisa Hulda: Que habita en Jerusalén en la segunda; se aclara en el libro de las Crónicas, donde está escrito sobre el mencionado rey Ezequías: También edificó, actuando con diligencia, todo el muro que había sido destruido, y construyó torres sobre él, y por fuera otro muro (II Crón. XXXII). Sofonías menciona este lugar, diciendo: Voz de clamor desde la puerta de los peces, y aullido desde la segunda (Sof. I). Para lo cual la antigua edición, como si fuera un nombre propio del lugar, lo tradujo como Masena. Masena, de hecho, se interpreta como segunda. Por

lo tanto, lo que se dice que la profetisa habitaba en la segunda, entiéndase en la parte del segundo muro.

27. (IV Reg. XXIII, 10.) También contaminó Tofet, etc. Lo que se dice del rey Josías: También contaminó Tofet, que está en el valle del hijo de Enom, para que nadie consagrara a su hijo o hija por fuego a Moloc; es frecuente en las Escrituras la mención de estos lugares, especialmente en el libro de los Reyes y del profeta Jeremías. El valle de Enom, o del hijo de Enom, está junto al muro de Jerusalén, hacia el oriente, donde un hermoso bosque es regado por las fuentes de Siloé. Tofet, o Taphet (pues se escribe de ambas formas), era un lugar en el mismo valle, junto a la piscina del batanero, que menciona la Escritura, y junto al campo de Aceldama, que hasta hoy se muestra en la región sur del monte Sion. Solían en Tofet, que era un lugar muy agradable, donde hasta hoy ofrece las delicias de los jardines, sacrificar a los demonios en un altar y consagrar a sus hijos al fuego infame, o ofrecer holocaustos, como está escrito en el libro de las Crónicas sobre el rey Acáz: Él es quien quemó incienso en el valle de Ben-Enom, y purificó a sus hijos en el fuego. Ben-Enom significa hijo de Enom. El valle de Enom se llama en hebreo Gehennon, cuyo nombre en el Nuevo Testamento se usa para la pena del infierno, porque, como en el valle de Enom, los que sirvieron a los ídolos en él, según atestiguan los profetas, perecieron, así los pecadores serán castigados con condenación eterna por lo que pecaron. Finalmente, Jeremías, cuando relata que el Señor le ordenó, y dijo: Sal al valle del hijo de Enom, que está junto a la entrada de la puerta de la alfarería; poco después dice: Y no se llamará más este lugar Tofet, ni valle del hijo de Enom, sino valle de la Matanza; y desbarataré el consejo de Judá y Jerusalén en este lugar, y los haré caer a espada (Jer. XIX). Isaías también llama claramente a Tofet el infierno; quien, describiendo la destrucción perpetua del diablo bajo el nombre de Asur, dice: Porque a la voz del Señor Asur será golpeado con vara, y el paso de la vara será fundado, que el Señor hará descansar sobre él (Isa. XXX), inmediatamente añadió cómo y dónde perecería, diciendo: Porque Tofet está preparado desde ayer, preparado por el rey, profundo y ancho. Hermosamente dice Y ancho, porque Tofet significa amplitud. Sus alimentos, dice, son fuego y mucha leña; el aliento del Señor, como torrente de azufre, lo enciende. Josías contaminó Tofet, ya sea esparciendo allí huesos de muertos, como se lee que hizo en otros lugares de ídolos, o dispersando cualquier otra cosa inmunda, para que el lugar apareciera más apto para la abominación que para el deleite de todos los que lo miraran.

28. (IV Reg. XXIII, 11.) También quitó los caballos que los reyes de Judá habían dado, etc. Lo que sigue sobre el mismo rey Josías, también quitó los caballos que los reyes de Judá habían dado al sol a la entrada del templo del Señor; y poco después: Y los carros del sol los quemó con fuego; muestra que los judíos en todo tiempo estuvieron entregados a toda clase de idolatría y superstición, de tal manera que en la veneración del sol, que creían ser un dios al modo de los gentiles, le habían puesto un carro y caballos en los atrios del templo del Señor. Pues los gentiles suelen pintar o hacer la imagen del sol, poniendo a un joven en un carro, y le añaden caballos como si corrieran hacia el cielo. Por eso le adaptan la imagen de un joven, porque el sol, como si naciera cada día con un nuevo amanecer, nunca envejece a lo largo de los siglos. Y que le atribuyan un carro y caballos, se cree que fue tomado del milagro del profeta Elías, quien fue llevado al cielo en un carro de fuego y caballos de fuego, según estima Juan, obispo de Constantinopla. Pues lo que en griego se dice Helios, significa sol (como también Sedulio, cuando cantó sobre el ascenso de Elías, lo muestra, diciendo: Cuán bien el camino resplandeciente del cielo fulgurante, Conviene a Elías, quien con razón también brilla en nombre. Era digno de esta ayuda: pues si en el idioma griego se cambia una letra por el acento, es sol. Los griegos, al oír de los israelitas, de quienes se decía que tenían las Escrituras divinas, que se proclamaba que Elías había sido trasladado a los cielos en un

carro de fuego y caballos de fuego, o al ver esto mismo pintado entre otras cosas en una pared, creyeron, engañados por la similitud del nombre, que se designaba aquí el tránsito del sol por los cielos, y el milagro hecho divinamente lo convirtieron en argumento de error, inventado por la necedad humana; a quienes imitaron los mismos judíos, esforzándose por no parecer menos necios que los gentiles en algo.

29. (IV Reg. XXIII, 13.) También los lugares altos que estaban en Jerusalén, etc. Lo que se dice poco después del mismo rey: También los lugares altos que estaban en Jerusalén, a la derecha del monte de la Ofensa, etc., hasta, El rey los profanó, y destruyó las estatuas; es más claro que la luz, que la Escritura suele llamar lugares altos a los lugares situados en colinas frondosas, donde sacrificaban a los demonios, o incluso al Señor, atraídos por la belleza de los lugares, ofreciendo sacrificios en contra de la prohibición, dejando el altar que estaba en el templo. Por eso, a menudo en este libro se dice de los reyes que no fueron perfectamente justos: Sin embargo, no quitó los lugares altos. El monte de la Ofensa se llama monte del ídolo, porque es costumbre de las Escrituras llamar ofensa a los ídolos, porque en ellos se ofende a Dios, o traen ofensa y ruina a sus adoradores, como se indica en esta misma sentencia siguiente, cuando se dice: Que Salomón, rey de Israel, edificó a Astarot, ídolo de los sidonios, y a Quemos, ofensa de Moab, y a Melcón, abominación de los hijos de Amón. Donde también, si no me equivoco, se muestra claramente, lo que ojalá no se mostrara: que Salomón nunca se arrepintió perfectamente del crimen de idolatría cometida. Pues si hubiera hecho frutos dignos de arrepentimiento, se habría esforzado ante todo en quitar los ídolos que había edificado de la ciudad santa; y no dejaría, para escándalo de los necios, lo que él, siendo el más sabio, había hecho erróneamente, como si hubiera sido hecho sabiamente y correctamente. La Escritura también menciona este lugar antes, diciendo: Entonces edificó Salomón un santuario a Quemos, ídolo de Moab, en el monte que está frente a Jerusalén, y a Moloc, ídolo de los hijos de Amón (III Reg. XI). Y no debe parecer contrario que allí se diga que el monte en el que se hicieron estos ídolos está frente a Jerusalén, y aquí se diga que está en Jerusalén; porque estaba situado en tal proximidad a la ciudad, que parecía pertenecer a ella, y también contaminarla con las inmundicias que se reunían en él.

30. (IV Reg. XXIV, 14.) Y trasladó a toda Jerusalén, etc. Lo que se refiere a Nabucodonosor, quien trasladó a toda Jerusalén, y a todos los príncipes, y a todos los fuertes del ejército, diez mil, en cautiverio; añadió la Escritura, diciendo: Y a todo artesano y cerrajero. Esto es lo que antes se narra que los filisteos hicieron al mismo pueblo de Israel, cuando se dice: Además, no se encontraba herrero en Jerusalén ni en toda la tierra de Israel. Porque los filisteos temían que los hebreos hicieran espada o lanza (I Reg. XIII). Pues así como entonces ellos temían que, teniendo herreros, los hebreos hicieran armas para resistir; así ahora los caldeos, habiendo destruido Jerusalén y devastado toda la tierra de la promesa, se esfuerzan para que no quede en ella ningún artesano, ningún cerrajero, que pueda reparar las murallas de la ciudad o restaurar lo destruido; sino que todo lo que encontraron de arte en el pueblo exterminado, lo trasladan a Babilonia; para que no pueda servir de nada en adelante, o sirva para las utilidades de esa ciudad. De cuya historia tan lamentable, porque concuerda mucho con la negligencia de nuestro tiempo, no creo que deba omitirse la alegoría. Pues es evidente que Jerusalén y la tierra de Israel designan la ciudad de Cristo, es decir, la santa Iglesia; mientras que Babilonia y los caldeos o filisteos designan la ciudad del diablo, es decir, toda la multitud de malignos, ya sean hombres o ángeles; y sirve Israel a los filisteos o caldeos, cuando los fieles, aunque nominalmente permanecen en la Iglesia, sin embargo, engañados por espíritus inmundos o por hombres, someten sus mentes a la avaricia, la lujuria, o cualquier otro pecado. Nabucodonosor lleva a Israel, y a todos los príncipes, y a los fuertes del ejército, diez mil, en cautiverio, cuando los maestros del pueblo, y aquellos que parecían

servir al Señor con ánimo invencible, y guardar fielmente el decálogo de la ley en el amor de Dios y del prójimo, de repente, ya sea seducidos por las atracciones del mundo o por adversidades, se contaminan con mayores crímenes, o ciertamente, al inclinarse a la herejía, caen en la marca de la apostasía abierta. ¿Y qué son las armas con las que resistimos al diablo, defendiendo la libertad que Dios nos ha dado, sino las palabras de las Escrituras? En las que, con los ejemplos del mismo Señor y de sus santos, aprendemos claramente cómo deben ser vencidas las batallas de los vicios. Pero los filisteos privan a los hijos de Israel de los herreros de armas, cuando los espíritus malignos retrasan a las almas de los fieles de la meditación de la sagrada lectura, insertando en ellos negocios seculares, para que ni ellos mismos, por este ejercicio, tomen confianza para resistir, ni se acerquen a exhortar o corregir a otros que quizás no saben leer, para resistir los vicios. QUITAN a los herreros de armas, cuando hunden tanto en crímenes a aquellos que conocen las sagradas escrituras, que se avergüenzan de decir las cosas buenas que aprendieron. Trasladan a todo artesano y cerrajero de Jerusalén a Babilonia, cuando desvían de su propósito a aquellos que solían beneficiar a muchos con la multifacética operación de virtudes, y fortificar la ciudad de Dios contra las irrupciones de las tentaciones; y los obligan a emplear el ingenio que debían dedicar a la defensa de la santa Iglesia, más bien a la voluntad del rey de los vicios. Y si quisiéramos entender al cerrajero aquí no como de puertas o murallas, sino más bien de oro y gemas, ciertamente la exposición espiritual apunta al mismo fin. Pues se ha dicho de la sabiduría, que es oro y multitud de gemas (Prov. XX); y por eso podemos entender más adecuadamente a los doctores como cerrajeros, quienes, mientras viven y enseñan correctamente, emplean la industria de su arte en el ornamento de la santa ciudad. Pero si acaso erraran, ¿qué otra cosa sino que son llevados cautivos por el pueblo de los caldeos a Babilonia? Y puesto que trasladar al artesano y cerrajero de Jerusalén a Babilonia, es enterrar el talento de la palabra recibido del cielo en la tierra, es decir, convertir el conocimiento espiritual en obras de pecado.

Te ruego, lector, que si algo de lo que he dicho en estas explicaciones te ha agradado, lo refieras a la alabanza de Dios que lo concede. Pero si no, así como concedes perdón a mi impericia o presunción, te dediques con todos los que puedas a la meditación frecuente, a la observación continua, a la predicación oportuna de las divinas Escrituras; y con esfuerzo común procuremos que se nos encuentre fieles negociadores del dinero del Señor, artesanos y cerrajeros de gemas espirituales o murallas, defensores de la santa ciudad, y fabricantes de armas celestiales; para que el supremo Padre de familia, al regresar de las bodas, se digne decirnos: Porque fuisteis fieles en lo poco, os pondré sobre mucho, entrad en el gozo de vuestro Señor (Mat. XXV). Amén.